

Artala, el mayor de sus hermanos; ambos iban á pié descalzo y con túnicas blancas. Toda la nobleza les seguía con los pies descalzos; y la multitud, que era inmensa, á pesar de la agitación inevitable en esta clase de concursos, no respiraba sino piedad y compunción. Así que el rey hubo depositado la corona en la iglesia metropolitana, partió sin demora á París. Ocho días después recibió allí la reliquia con nuevas demostraciones de religión; en las cuales toda la corte y la capital quisieron tomar parte. Habíase dispuesto un gran tablado cerca de la abadía de San Antonio, desde donde muchos preladados revestidos de pontifical mostraron la caja al pueblo, el cual prorumpió en sollozos y suspiros. El rey y el príncipe su hermano, descalzos también y con túnica blanca, la llevaron sobre sus hombros hasta la iglesia catedral, y de allí al oratorio del palacio que tenía el nombre de San Nicolás y ocupaba el lugar en que se edificó poco después la Santa Capilla.

El rey recibió por el propio tiempo otras muchas insignes reliquias, tales como el hierro de la lanza que penetró el costado del Salvador, un pedazo de la esponja que le presentaron empapada con hiel y vinagre, y una parte considerable de la verdadera cruz, la misma, según dicen, que la emperatriz Santa Elena había hecho trasladar de Jerusalem á Constantinopla. Determinó erigir dentro del recinto de su propio palacio un santuario, cuya riqueza y gusto fueran igualmente dignos en lo posible de estos preciosos monumentos. Mandó construir luego la Santa Capilla que aun se vé en el día y que es muy superior á la idea que comunmente se tiene del gusto y habilidad de los artistas de aquel siglo (1242). Costó al monarca este edificio cuarenta mil libras de su tiempo. Además estableció en él un cabildo, el cual por sus liberalidades y las de sus su-

cesores vino á ser uno de los mas ricos del reino.

En el mismo tiempo la bienaventurada Inés de Bohemia, hija del rey Primislao, era la edificación de todas las regiones del Norte (1). Sucesivamente fué destinada para esposa de tres soberanos y prometida á uno de ellos; pero no pudiendo unir su corazón mas que á su divino Esposo, se puso bajo la protección de la Reina de las vírgenes, á fin de poder cumplir el propósito que había formado de permanecer para siempre semejante á ella. Dispuso el cielo las cosas según sus deseos, y se rompieron sus lazos por sí mismos. El emperador Federico, que era el tercero de los pretendientes después de haber muerto Yolanda, hija del rey de Jerusalem, fué el único que la causó algunas dificultades. Habían llegado ya á la corte de Bohemia los embajadores de este príncipe, y hacían los preparativos para conducir á la princesa con una magnificencia digna de su soberano (1235); pero Inés, bien informada de la vida escandalosa que llevaba el emperador durante su viudez, avisó secretamente al Papa Gregorio y le hizo requerir la existencia de un yugo que la imponían contra su voluntad. Murió poco después del contrato el rey Primislao que había concertado las bodas, y su hijo Wenceslao IV le sucedió en el trono. Habiendo Inés recibido del Papa una bula conforme á sus deseos, se presentó al rey su hermano y le pidió que apoyase una resolución autorizada por el Sumo Pontífice. Participó el nuevo rey á los embajadores, los cuales á su vez lo participaron al emperador. Al pronto manifestó muy irritado Federico; pero después de algunas reflexiones mudó de sentir, y por lo menos lo dió á entender así en sus expresiones. «Si ella, dijo, me hubiese des-

(1) Boll. 6 Mart.

terrible venganza; pero no puedo llevar á mal que á mi persona prefiera el Esposo celestial.»

Hasta entonces había vivido Inés en la corte como en el mas austero de los claustros. A los ayunos de Cuaresma añadía el de Adviento y el de otros muchos tiempos particulares, durante los cuales su abstinencia era tan rigurosa, que apenas mezclaba algunas gotas de vino al pan y agua en que consistía toda su alimento. Pero tenía gran cuidado en ocultar su penitencia. Siempre llevaba un cilicio y una cadena de hierro debajo de los vestidos adornados de oro y piedras preciosas que su clase la obligaba á usar. Casi todas las mañanas las empleaba en diversas iglesias, y para poder mas libremente prolongar sus coloquios con Dios sin ser conocida, iba á ellas antes de amanecer, vestida de labradora ó de artesana. Por último, después de haberse libertado de la brillante servidumbre á que se habían lisongeado reducirla, abrazó un género de vida en que pudo dar rienda suelta á su fervor. Edificada mucho tiempo había del instituto de San Francisco, y de lo que la habían contado de la vida maravillosa de Santa Clara, fundó un monasterio en Praga, titulándolo de San Salvador, y en él se consagró solemnemente á Dios con otras siete doncellas de ilustre prosapia. Clara, con quien mantuvo correspondencia, la envió cinco de sus religiosas para instruir á esta comunidad naciente, y exhortó sobre todo á Inés al amor de la santa pobreza. Revisióse tan perfectamente Inés del espíritu de Clara, que no permitió nunca que el monasterio, del cual era abadesa y fundadora, tuviese rentas fijas, á pesar de las instancias que la hizo para esto el rey su hermano. Contaba treinta y un años cuando se consagró al Señor (1236), y vivió después otros cuarenta y cinco.

Adolfo, conde de Olsacia, dió á los pue-

blos y á los príncipes cristianos igual ejemplo de desprendimiento. Después de haber militado distinguidamente en el ejército de Federico y gobernado prudentemente su Estado, abrazó el humilde instituto de los frailes menores, sin que le detuviese la consideración de tres hijos de tierna edad que dejó bajo la tutela del duque Abel de Dinamarca (1239). Perseveró así hasta la muerte, acontecida al cabo de catorce años de su entrada en religión.

Brillaba la virtud en el grado mas elevado desde el Norte al Mediodía (1). Fernando III, que juntó inseparablemente los reinos de León y de Castilla, se grangeó al mismo tiempo el título de Santo por su sólida piedad, y el de Grande por sus conquistas sobre los moros, á quienes quitó gran parte de las provincias usurpadas á sus predecesores (a). Hizo desde luego for-

(1) Chron. S. Ferd. ap. Boll., tom. 18.

(a) Tratándose de uno de los mas santos y gloriosos reinados, tratándose de un monarca español que al mismo tiempo que engrandeció la patria con sus conquistas edificó á la Iglesia con sus virtudes, justo es dediquemos algunas líneas y escedamos quizá los estrechos límites de una nota para apuntar siquiera algunos pormenores de la vida y hechos de un rey tan esclarecido, del grande y santo rey Fernando III de Castilla.

Había muerto desgraciadamente á la edad de 14 años no cumplidos, y de resultas del golpe que recibió hallándose jugando con otros donceles de su edad en el patio del palacio episcopal de Palencia, el hijo y sucesor de Alfonso VIII, Enrique I, único varón de entre los hijos que tuvo dicho don Alfonso. No nos detendremos en mencionar los disturbios que hubo en el reino con motivo de la regencia del reino durante la menor edad de Enrique, disturbios promovidos por los Laras, y para cuyo apaciguamiento cedióles generosamente la regencia la ilustre hermana de Enrique doña Berenguela; puede esto verse en nuestros historiadores. Pero por la muerte de Enrique recayó el derecho de la corona en doña Berenguela, no solo por ser la primogénita del rey Alfonso, sino también por haber sido jurada dos veces por sucesora suya á falta de su hermano. No faltaron sin embargo después del fallecimiento de Enrique grandes disturbios y revueltas ocasionadas por los ya citados condes de Lara, enemigos irreconciliables de la reina, y fué necesaria toda la prudencia de esta mujer incomparable para vencer las dificultades y allanarle el camino del trono á su hijo. Luego que tuvo noticia de la desgracia de Enrique, envió embajadores á Alfonso IX rey de León, un tiempo su esposo, pidiéndole que le enviase su primogénito Fernando, pues te-

midable su nombre la toma inesperada de Córdoba. Sus tropas sorprendieron de noche una batería avanzada, acudió Fernando con un corto número de soldados y sitió la ciudad. Afortunadamente el rey Abenhot había salido de la ciudad para ir á socorrer á Valencia, acometida por el rey de Aragón, y murió en esta expedición por la perfidia de uno de los suyos. Introdújose despues de su muerte la division entre sus vasallos, mientras que el ejército de Fernando crecía de dia en dia ante las murallas de Córdoba. Estrechada estaba la plaza por todas partes é interceptada la introduccion de víveres, y los innumerables moradores de aquella ciudad, una de las mas populosas del mundo despues de Roma y de Constantinopla, viéndose reducidos á los rigores del hambre pidieron capitulacion. Concedióseles por sola condicion que se les conservaría la vida, pero sin llevar nada consigo. De este modo fué arrancada Córdoba del dominio de los musulmanes, la vispera de San Pe-

nia sumo deseo de verle. Concediósele el rey, ignorante como estaba de los designios de su antigua esposa, y el príncipe fué recibido en Avila con indecible ternura de la reina y con infinitas aclamaciones del pueblo y de los grandes que la seguían. Aumentáronse entonces los daños de la guerra civil, y hasta el rey de Leon invadió la Castilla con ejércitos poderosos en persecucion del príncipe y su madre; pero Berenguela, atrayendo á Valladolid muchos pueblos y grandes del reino, despues de haber sido ella reconocida y jurada como reina de Castilla, cedió en el acto todos sus derechos á su hijo don Fernando, que fué jurado y proclamado solemnemente á 31 de agosto de 1217.—Diez y ocho años tenia San Fernando cuando comenzó á reinar, y durante aun el primer año de su reinado restituyó la paz á Castilla, sojuzgó á los rebeldes condes de Lara, y tuvo Cortes en Burgos donde se confirmó su coronacion. Sojuzgados los condes de Lara, tomadas sus plazas, y ellos muertos unos y otros fugitivos en Africa, el rey de Leon, libre ya de tales instigadores, se reconcilió con su hijo D. Fernando ajustándose un tratado de paz en el que el rey de Leon facultaba, si asi puede decirse, al arzobispo de Toledo y á los obispos de Burgos y Palencia para excomulgarle á él y poner entredicho á su reino, sin apelacion alguna, en el caso de quebrantarse por él la paz; y á su vez el de Castilla declaraba hiciesen lo mismo con él el arzobispo de Santiago y los obispos de Astorga y Zamora si él fuese el violador del tratado.

dro, 28 de junio de 1256, despues de haber sido su capital en España por espacio de quinientos veinte y tres años, es decir, desde el año 715 (1). Al dia siguiente, fiesta de los Santos Apóstoles, despues de haber purificado la mezquita principal, la mas grande y mas bien decorada de toda España, se celebró en ella misa solemne con sermón, siendo grande el contento del ejército y de los demas cristianos que concurrieron de toda la comarca. Como el pais de Córdoba es muy abundante y la situacion hermosa, la ausencia de los moros no dejó vacío alguno. Faltaron casas mas bien que ciudadanos nuevos para habitarlas. Restablecióse la Silla episcopal, como en otro tiempo, bajo la metrópoli de Toledo.

Despues de esta brillante hazaña tomó Fernando una preponderancia prodijiosa sobre los árabes (2). Quitóles en pocos años á Jaen, Sevilla, Cádiz y otras innumerables plazas de menos monta. Abusail ó Alhamar (el Bermejo) rey de Granada, dejándole

En 30 de noviembre de 1219, por consejo de su heróica madre, casó en Burgos San Fernando con Beatriz, hija de Felipe de Suavia, rey de los romanos; cuyo enlace y la numerosa prole que concedió el cielo á los augustos esposos, fueron nuevas prendas que atrajeron á Fernando el amor y respeto de sus súbditos, en cuyos corazones reinó como verdadero padre. Purgó su reino de ladrones, bandidos y hereges; concedió una amnistía general á todos los que al principio andaban alborotados, y por todas partes hizo resplandecer su prudencia, su justicia, su misericordia y las demas virtudes que tan perfectamente adornaron su alma y su cuerpo. Sosegadas de este modo las alteraciones, tuvo lugar el santo rey de dirigir todas sus miras contra los moros, y en 1224 comenzó la gran carrera de sus victorias.—Ya habia apaciguado varios alborotos suscitados por algunos turbulentos magnates, y el cielo habia bendecido su enlace con Beatriz, siendo el primer fruto de su matrimonio (23 de noviembre de 1221) aquel Alfonso que jurado al año siguiente (1222) en las Cortes de Burgos sucesor y heredero de la corona á instancia de su padre, reinó luego en Castilla y se adquirió el renombre de Sabio, siendo notable el año de su nacimiento, así por haber venido al mundo un tan ilustre príncipe como por haberse comenzado en él á edificar uno de los monumentos cristianos mas magníficos y una de las mas bellas obras de la arqui-

(1) Ric. S. Germ. 1236.

(2) *Annal. Sevil. lib. 1.*

Jaen, se vió precisado á hacerse su vasallo (1246). Los moros de Sevilla, en número de trescientos mil, al cabo de un sitio de quince meses, se vieron obligados como los de Córdoba á retirarse sin llevar cosa alguna, unos al Africa, otros al reino de Granada y á las demas posesiones que les quedaban aun en España (1248).

Por su parte el rey Jaime de Aragón pasó á la isla de Mallorca con una flota formidable, ganó una gran batalla á los infieles, hizo prisionero al rey y á uno de sus hijos, tomó por asalto la capital y se hizo dueño de toda la isla y de la de Menorca, cediendo luego una y otra al infante de Portugal en cambio del condado de Urgel (1). Despues de la conquista de Mallorca emprendió el monarca aragonés la del reino de Valencia. Durante el espacio de algunos años ganó muchas plazas y fué adelantándose hasta la capital (2). Era corto el número de sus tropas con respecto á la plaza que debia sitiarse; pero le llegaron luego au-

silios no solo de sus Estados, sino de Francia é Inglaterra. El rey legítimo Abuzeit, destronado por Zaen, se habia refugiado en Aragón, donde tuvo la felicidad de abrazar el cristianismo, cumpliéndose el ruego profético de los santos misioneros á quienes hizo padecer el martirio. El usurpador, al cabo de un sitio de seis meses, se vió obligado á entregar á Valencia, cuyos habitantes árabes fueron tratados con menos rigor que los de Sevilla y Córdoba. Concedieronles, además de la vida, escolta para salir de la ciudad con todo cuanto pudieron llevar consigo. Abuzeit, llamado despues de su conversion Vicente de Belvis, permaneció reducido á la fortuna de un particular, mas con una opulencia proporcionada á lo que habia sido. Siguió morando en Valencia, donde su piedad le inclinó despues á ceder su palacio para establecer en él un convento de frailes menores (1).

En estas diversas conquistas de los príncipes cristianos de España se iban restable-

do los castillos y fortalezas que poseían los infieles en el reino de Jaen, y á la toma de Baeza, Andujar, Martos, Priego y Alhambra, en todas las cuales destruyó las fuerzas del enemigo é hizo diez y siete mil cautivos. El dia de San Andrés de dicho año 1227 vióse brillar la cruz en las almenas de Baeza en cuya ciudad habia entrado el conde don Lope de Haro con quinientos caballeros de Castilla por la puerta que se llamó del Conde, y en celebracion del dia se puso en las banderas el aspa del Santo, de cuya ceremonia quedó á nuestros reyes la costumbre de llevar por divisa en los estandartes el aspa de San Andrés.—De regreso de una de estas expediciones, hallándose el rey en Toledo comunicó al arzobispo el pensamiento de erigir un templo digno de la primera capital de la monarquía cristiana y que reemplazara á la antigua mezquita árabe que hacia de catedral desde el tiempo de Alfonso VI. Acogió gozoso esta idea el ilustre prelado, y poniendo manos á la obra, el monarca y el arzobispo pusieron por su mano en 1226 la primera piedra que habia de ser el fundamento, dice el autor de las Memorias de San Fernando de aquella magnífica obra que hoy celebramos con las plumas y admiramos con los ojos. Asi hermanaba el santo rey, dice el señor Lafuente, la piedad y la magnificencia como religioso príncipe con la actividad de las conquistas como monarca guerrero.—En los tres años siguientes, mientras que su padre el rey de Leon Alfonso IX hizo en Estremadura la guer-

(1) *Index rer. Arag. tom. 3; Hisp. illustr. pag. 75.*

(2) *Escolan. lib. 9, cap. 4.*

(1) *Vading. 1233.*

ciendo los obispados en el pie en que estaban antes de la invasion de los moros; con todo, la mudanza acontecida en la dependencia política, la produjo tambien muchas veces en la jurisdiccion eclesiástica. Asi es que la Sede episcopal de Valencia, sujeta antiguamente á la metrópoli de Toledo, quedó sufragánea de la de Tarragona, ciudad del reino de Aragon, en lugar de que Toledo era del reino de Castilla. Habiendo concedido los Papas antiguamente á los reyes de Aragon los diezmos de todas las posesiones

ra á los moros, obligó San Fernando al rey moro de Sevilla á rendirle homenaje y pagarle tributo, desoló el reino de Jaen y acometió la capital, aunque no pudo tomarla por entonces: apoderóse de Alcalá la Real, y destruyó otros muchos lugares y fortalezas.—El fin de esta campaña fué muy sensible para el santo rey. Su padre Alfonso IX de Leon, que se coronó en ella de nuevos laureles conquistando á Cáceres (1227), Mérida y Badajoz, y destrozando en campo abierto (mediante la proteccion de Santiago y de San Isidoro, dicen algunos historiadores) al ejército del rey moro de Sevilla mucho mas numeroso que el suyo, se vió acometido de su última enfermedad y murió á 24 de setiembre de 1230 en Villanueva de Sarria en Galicia, yendo á dar gracias al Apóstol Santiago por su favor en las victorias pasadas. Luego que recibió San Fernando esta triste nueva, de consejo y á instancia de su madre, dejó la guerra de Andalucía, y con el arzobispo de Toledo don Rodrigo marchó á consultar con su madre y con los prelados y señores del reino lo que convenia practicar para la sucesion de Leon. Es de advertir que aunque San Fernando habia sido ya jurado en Leon por su mismo padre don Alfonso heredero del trono, á poco de su nacimiento, y sido reconocido como tal por prelados, ricos-hombres y barones del reino, y hasta ratificado en la herencia de Leon por el Papa Honorio III, su padre el rey don Alfonso IX, olvidándose de todo esto y aun del apoyo que le habia prestado su hijo San Fernando para la conquista de Mérida, dejó en su testamento por herederos del trono á sus hijas doña Sancha y doña Dulce, habidas de su primer matrimonio con doña Teresa de Portugal, excluyendo por consiguiente del trono á su hijo Fernando. Para obviar á todo esto hizo venir doña Berenguela á su hijo don Fernando y salió á recibirle á Ovgaz.

Resolvieron pasar sin tardanza al reino de Leon y hallaron en él las cosas en mejor estado de lo que creían. Los ánimos de los principales leoneses estaban inclinados á las virtudes y santidad del rey de Castilla; por lo que se apresuraron á proclamarle y jurarle por su rey, como lo efectuaron en la catedral de Leon con universal alegría, quedando así unidos para siempre ambos reinos. Restaba delibear lo que habia de hacerse con doña Sancha y doña Dulce; pero arreglólo todo doña Berenguela. Avisó á la madre de ellas, doña Teresa, la cual se habia retirado á

que conquistasen á los moros, tuvo el rey Jaime con que dotar, de una manera conveniente á la dignidad de estas iglesias, los obispados que se iban restableciendo.

Tuvo además este principe la gloria de contribuir al establecimiento del orden de la Merced, instituido como el de la Trinidad para la redencion de cautivos, cuyo número era mayor que nunca despues de tantas guerras recientes con los musulmanes (1). Mientras permaneció prisionero en el Langüedoc de resultas de la derrota y muerte

un monasterio, y las dos madres antiguas esposas de D. Alfonso, acordaron reunirse en Valencia de Alcántara, donde decidieron la suerte de las dos infantas, señalándoseles una pensión vitalicia de quince mil doblas de oro, yendo luego D. Fernando á Benavente, donde en 11 de diciembre de 1230 firmó la escritura del pacto aprobado tambien por los prelados, ricos-hombres etc.—Adquirióse en breve S. Fernando el amor de sus nuevos súbditos, y con este aumento tan considerable de fuerzas pudo ya emprender mayores hazañas y conquistas. En efecto, en 1234 tomó á Úbeda, y principió la guerra contra Córdoba que concluyó con la toma admirable de aquella gran ciudad, plantándose el signo venerando de nuestra redencion en lo mas alto de la grande aljama de Córdoba el 29 de junio de 1236, fiesta de San Pedro y San Pablo. La misma importancia de esta gran conquista, los cuidados necesarios que á ella se siguieron para la repoblacion y arreglo de los negocios civiles y eclesiásticos y la enfermedad que sobrevino al santo monarca, le impidieron en los años siguientes continuar la guerra de Andalucía. Mas en 1243, su primogénito el príncipe don Alfonso comenzó de nuevo las hostilidades, y ocupó las plazas y fortalezas del reino de Murcia, cuyo rey moro se hizo vasallo y tributario de Castilla. En 1244 salió ya al campo San Fernando con un ejército destinado á la conquista de Jaen, la que efectuó despues de haber derrotado varias veces y llenado de terror á todos los infieles de aquel reino y del de Granada, cuyo rey se hizo tambien su vasallo y tributario.—Nada era ya bastante poderoso para detener la marcha triunfante de Fernando. Sin embargo, previno extraordinarios aparatos bélicos en 1245 para emprender la guerra de Sevilla, sobre cuya ciudad se hallaba ya el ejército cristiano el 20 de agosto de 1247. Duró el sitio y demas operaciones hasta el 23 de noviembre de 1248, día de San Clemente, en que se firmó la capitulacion que se concedió á la ciudad. Dióse á los moros un mes de término para salir, y terminado este plazo hizose en 22 de diciembre la entrada solemne del ejército castellano. Iban delante los caballeros de las órdenes militares con sus estandartes desplegados, presididos por sus grandes maestros don Pelayo Perez Correa, de Santiago; don Fernando Ordoñez, de Calatrava; don Pedro Yañez, de Alcántara; don Fernando Ruiz, de San Juan, y don

(1) Boll. ad 16 et 29. Jan. 6. 1110. 1110. 1110.

del rey su padre, Simón de Montfort encargó su educacion á un hidalgo del país llamado Pedro Nolasco. Cuando fué puesto en libertad y restablecido en el trono de sus padres, fué este piadoso fundador á encontrarle en Barcelona, le comunicó la inspiracion que creía haber tenido de sacar á los fieles de la servidumbre de los moros, y le pintó sobre todo vivamente el peligro en que se hallaban de perder la fé. Ya Pedro habia reunido algunos compañeros para su intento, apoyado en particular por Rai-

Gomez Ramirez, del Temple. A la cabeza de los seglares el clero presidido por los obispos de Jaen, de Córdoba, de Cuenca, de Segovia, de Avila, de Astorga, de Cartagena, de Palencia y de Coria. Seguía un magnífico carro triunfal, en cuya parte superior se veía la imagen de Nuestra Señora, como queriendo mostrar el venedor que á la Reina del cielo, de quien era muy devoto, debía sus triunfos. A los lados del sagrado carro marchaban el rey don Fernando, llevando la espada desenvainada; su esposa la reina doña Juana (hija de Simón, conde de Ponthieu y biznieta del rey de Francia Luis VII, con quien habia casado San Fernando en segundas nupcias en Burgos (1237), por haber fallecido su anterior esposa); los infantes don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Sancho y don Manuel, hijos del rey; el príncipe don Alfonso de Molina su hermano; el infante don Pedro de Portugal; el hijo del rey don Jaime de Aragon y el del rey moro que fué de Baeza, y Uberto, sobrino del Pontífice Inocencio IV. Seguíanlos don Diego de Haro, duodécimo señor de Vizcaya, y los ricos-hombres, caballeros y nobles de Leon y de Castilla, cerrando la marcha las victoriosas tropas y los soldados de los concejos con sus respectivas banderas y variados pendones. Traspasaríamos nuestros límites si quisiéramos describir uno por uno todos los admirables sucesos que ocurrieron en esta grande empresa, que dió el golpe verdaderamente mortal al poder de los musulmanes en España. Pero no podemos olvidar el celo y magnanimidad del héroe que la llevó á cabo. No solamente perdonó San Fernando la vida á los vencidos, si que de mas á mas les concedió entera libertad de retirarse con todos sus haberes á donde quisiesen, y aun les dió guías y bagages á los que se retiraron por tierra, y trece buques mayores á los que pasaron al África. Luego de entrado en aquella inmensa ciudad, puso la mano el santo conquistador en la restauracion de la Religión y del culto, que fué siempre el primero y principal objeto de todos sus anhelos: hizo purificar las mezquitas y consagrarlas en otras tantas iglesias que dotó abundantemente; designó para obispo á su quinto hijo el infante don Felipe, que estudió en Paris bajo la direccion del insigne maestro San Alberto el Magno, encargándose del gobierno de aquella metrópoli, mientras el electo llegaba á la edad de recibir las órdenes, el obispo de Segovia don Ramon, que despues (1260) fué trasladado á la catedral

de Sevilla. Proveyó tambien el santo rey á la repoblacion de la ciudad que estaba desierta: concedió varias esenciones á los que fuesen á poblarla, y les señaló los mismos fueros de Toledo, cuyas franquicias eran sumamente estimables en aquellos tiempos. A consecuencia de la toma de Sevilla y en el año siguiente de 1249, se apoderó Fernando de todas las plazas del reino desde el Guadalquivir hasta el estrecho. Las principales fueron Jerez, Medina-Sidonia, Velez, Alcalá de los Gazules, Sanlúcar, Cádiz, Puerto de Santa Maria, Rota, Arcos, Nebrija y Tribujena. Comenzó luego sus preparativos para pasar al África y á la Tierra Santa, sabida la poco feliz jornada de San Luis, y aun llegó su armada á hostilizar las costas de Marruecos; empero cesaron bien pronto los estruendos militares á causa de la enfermedad que sobrevino al santo rey, á quien Dios llamaba ya al premio de tantas hazañas y virtudes.—Si gloriosa habia sido la vida del hijo ilustre de doña Berenguela, no fué menos gloriosa ni menos admirable su muerte, dice un historiador. Atacado de penosa enfermedad en Sevilla, cesó el guerrero, el triunfador, el conquistador insigne para dar espansion á su devocion y piedad mostrándose monarca sinceramente piadoso y héroe cristiano. Cuando vió al obispo de Segovia acercarse á su alcoba llevando en sus manos la Sagrada Hostia, arrojóse el rey del lecho de dolor en que yacía, postróse en el suelo ante la Magestad divina, y con una soga al cuello tomando humilde y con trémulas manos el signo de nuestra redencion y haciendo una fervorosa protestacion de fé, recibió con avidez el Santo Místico; despues de lo cual mandando que apartasen de su cuerpo y de su vista toda ostentacion ó signo de magestad, pronunció aquellas edificantes palabras: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo he de volver al seno de la tierra.» Rodeáronle en el lecho mortuario sus hijos don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Felipe y don Manuel, habidos de su primera esposa doña Beatriz (don Sancho no se hallaba allí, sino en Toledo, de donde era arzobispo electo, pues habia muerto el santo don Rodrigo Jimenez de Rada, el historiador, como don Felipe lo era de Sevilla); y don Fernando, doña Leonor y don Luis, habidos de doña Juana. A todos les dió el rey su bendiccion; y despues de dirigir á su primogénito y sucesor don Alfonso un tierno razonamiento lleno de piadosas máxi-